



Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

6



Gusano de seda

Primera parte



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 6

Gusano de seda

Primera parte

Relato pal desolvido escrito a partir del informe
*Doble discurso, múltiples crímenes. Análisis
temático de las ACMM y las ACPB. Informe n.º 9,*
publicado por el CNMH en octubre de 2021.



Centro Nacional
de Memoria Histórica

Relato pal desolvido n.º 6

Gusano de seda

Primera parte

Colección • Relatos pal Desolvido

Narrativas de la Verdad Histórica

Centro Nacional de Memoria Histórica

María Gaitán Valencia
Directora general

Carlos Mario López Rojas
Director técnico de la Dirección de Acuerdos de la Verdad (DAV)

Natalia Escobar Sabogal
Línea metodológica y conceptual Apropiación Social de la Verdad Histórica de la DAV

Juan Biermann López
Investigación y redacción

Leonardo Parra Puentes
Diseño, diagramación e ilustración

Carlos Mario López Rojas
Natalia Escobar Sabogal
Vanezza Escobar Behar
Lina Margarita Perea Mojica
Apoyo y acompañamiento a la revisión técnica

Daniel Fernando Polanía Castro
Profesional especializado Estrategia de Comunicaciones

Linda Carolina Rodríguez
Edición

Angie Sánchez Wilchez
Bibiana Alarcón Guerrero
Liz Castro Castro
Corrección de estilo

Primera edición: diciembre 2025

Número de páginas: 26
Formato digital: 10,5 x 14,8 cm

ISBN impreso: 978-628-7792-67-8
ISBN digital: 978-628-7792-78-4

ISBN colección impreso:
978-628-7792-55-5

ISBN colección digital:
978-628-7792-69-2

Imprenta Nacional de Colombia
Impreso en Colombia - Printed in Colombia

Queda hecho el depósito legal

© **Centro Nacional de Memoria Histórica**

Carrera 7 # 32-42, pisos 30 y 31
Bogotá, D. C., Colombia

PBX: (601) 7965060

comunicaciones@cnmh.gov.co

www.centrodememoriahistorica.gov.co

Cómo citar:

Centro Nacional de Memoria Histórica. (2025). *Gusano de seda. Primera parte*. CNMH.

Los nombres de todos los personajes que protagonizan estos Relatos pal Desolvido son ficticios.

Este libro es de carácter público. Puede ser reproducido, copiado, distribuido y divulgado, siempre y cuando no se altere su contenido, se cite la fuente o, en cualquier caso, se disponga la autorización del Centro Nacional de Memoria Histórica



Centro Nacional de Memoria Histórica

Gusano de seda. Primera parte / investigación y redacción Juan Biermann López ; diseño, diagramación e ilustración, Leonardo Parra Puentes ; línea metodológica y conceptual Natalia Escobar Sabogal ; edición Linda Carolina Rodríguez. -- Primera edición. -- Bogotá, Colombia : CNMH, 2025. -- (Colección Relatos pal Desolvido. Narrativas de la Verdad Histórica; relato n.º 6).

26 páginas : ilustraciones.

ISBN impreso: 978-628-7792-67-8

ISBN digital: 978-628-7792-78-4

ISBN colección impreso: 978-628-7792-55-5

ISBN colección digital: 978-628-7792-69-2

1. Cuentos colombianos – Siglo XXI 2. Novelas gráficas colombianas 3. Literatura colombiana 4. Reclutamiento forzado 5. Paramilitares – Colombia 6. Víctimas del conflicto armado I. Biermann López, Juan, investigador II. Rodríguez Tocarruncho, Linda Carolina, editora III. Centro Nacional de Memoria Histórica IV. Título V. Serie.

CDD: 863.44

CO-BoCMH



I

Cuando Jáiver perdió de vista el bus que llevaría a su hermana Yiyi a Cali, dejó de agitar su mano en despedida, la metió en el bolsillo del pantalón y allí encontró el monedero que había sido de Viviana, su querida madre. Lo acarició por un rato y, luego, tras sacarlo del bolsillo, lo abrió y recordó que, de los casi 40 000 pesos que había allí inicialmente, le había dado 20 000 a Yiyi, antes de separarse. Le quedaban entonces casi 20 000, lo que a él —un joven campesino próximo a cumplir 15 años— no dejaba de parecerle una pequeña fortuna.

Antes de volver a su casa, decidió comer y guardar comida para más tarde. Con el dinero que llevaba pagó dos almuerzos, uno de ellos para guardar y lo metió en la mochila, que no le resultó tan cara, siéndole tan necesaria.

Casi a las dos de la tarde, Jáiver tomó rumbo a casa. La caminata se le hizo eterna, pese a que pasó menos de una hora para tener ante sus ojos las cenizas humeantes del único hogar que había conocido en su vida.

Se acercó un poco, luego se detuvo y sintió su pecho convertido en el tambor que su corazón percutía con fuerza. Dio algunos pasos más; después, otros cuantos, hasta ver dos cuerpos tirados en el piso. Un olor como a espinaca podrida alimentó la peor de sus sospechas. Eran papá y mamá.

II

Jáiver deambuló sin rumbo fijo durante horas, durante días. Al cruzar una quebrada, perdió un zapato. Poco le importó. Su mente —y con ella, a rastras, su cuerpo— estaba en otra parte. Solo el hambre, primero, y luego la sed fueron capaces de mantener el vínculo con la realidad que lo rodeaba.

Incapaz de terminar de confirmar su peor sospecha, había dado media vuelta y, dejando atrás la atrocidad, se sumergió en algo como una realidad paralela en la que ya nada importaba, donde nada tenía por qué tener sentido ni razón. Un mundo muy parecido a lo que Jáiver concebía como «purgatorio», preámbulo del «infierno», sala de espera para almas errantes.

Imposible saber qué medida de tiempo llevaba —si llevaba— el joven Jáiver en ese estado. Según calendarios, estuvo casi dos semanas deambulando sin rumbo.

Un día, orientado por el hambre voraz, dio con un árbol de mango. No tuvo que treparse ya que, regados bajo las ramas en torno al tronco, había suficientes frutos para dar y convidar. Sin importarle barro ni moscas, llenó primero su mochila, también cupo un mango en cada bolsillo del pantalón y, entre sus manos, los cuatro mangos más grandes.

Buscó luego la orilla de una quebrada cercana y, tras echarles una lavadita, sin demora se puso a devorar cada dulce mango.

Comiendo el tercero, escuchó voces; luego vio tres siluetas, uniformadas con camuflado, apuntándole con fusiles.

Sin dejar de comer, extendió un brazo para señalar una dirección y dijo:

—El palo de mango está por allá.

Superada la sorpresa, uno de los uniformados —ninguno de los cuales superaba los 21 años—,

sin dejar de apuntarle a Jáiver, se acercó e interrogó al recién aparecido:

—Identifíquese, ¿quién es usted?

—No me acuerdo —respondió Jáiver—, no recuerdo mi nombre.

—¿De dónde viene?

—Vengo de una casa en cenizas.

—¿Con quién vino?

Jáiver dejó de comer y miró fijamente al patrullero paramilitar.

—¿Con quién vino?! —insistió el uniformado.

—¿Dónde estoy?





III

Jáiver fue reclutado a la fuerza. Por oponer resistencia, fue golpeado y recibió su primer castigo: permaneció fuertemente atado al tronco de un árbol unas doce horas al día, durante la primera semana. Al causarle terribles dolores en las articulaciones, por obligarlo a tanta inmovilidad, lograron domesticar su cuerpo.

También, los interrogatorios se repitieron: ¿quién es usted?, ¿de dónde viene?, ¿quién lo acompañó hasta acá...? Y las respuestas fueron las mismas, cuando no más escasas. Jáiver no recordaba. Su memoria había enmudecido.

Los de la tropa empezaron a llamarlo Cusumbo-solo y, dada la edad y modesta contextura física del joven, el comandante a cargo de la pequeña

base en la que funcionaba esa parte del bloque paramilitar Calima, en esa zona del Valle del Cauca, ordenó que apoyara labores logísticas y de intendencia.

Entre sus nuevas responsabilidades, Jáiver encontró en la cocina el único y último espacio donde no gobernaba lo terrible. El acto de preparar alimentos se convirtió para él en una forma de reencontrarse con la vida, la vida simple y sencilla que habita en todo plato de comida.

Sus compañeros de tropa no tardaron en notar la atención que Cusumbosolo ponía al pelear cada papa, al freír cada tajada de plátano. Incluso, a falta de un cuerpo musculoso con el que despertar respeto, su sazón se convirtió en razón suficiente para «llevarlo en la buena», porque una barriga satisfecha no alimenta rencores, sino alegrías en el corazón.

IV

Sus ocupaciones culinarias no sirvieron para evitarle a Jáiver el entrenamiento militar. Cada madrugada y cada atardecer trotaba con la tropa una media hora y luego venía una larga tanda de ejercicios de gimnasia básica americana (a veces con armas, a veces sin ellas), para después, los más grandecitos, ir a práctica de polígono, mientras los menores —Jáiver entre ellos— se encargaban de limpiar fusiles y lavar uniformes.

La permanencia en ese lugar le duró a esa escuadra del Bloque Calima casi diez meses. El comandante recibió órdenes de avanzar hacia el sureste, incursionando en algunas veredas que encontraron a su paso. Fue en esas incursiones que Jáiver portó por primera vez fusil y brazalete; allí notó cómo lo miraba la gente, con su cara aún lampiña, la mezcla de miedo y lástima que despertaba su joven presencia.

Por ese entonces, al entrar en las veredas aún no llegaban con listas. La orden que el comandante siempre les repetía, no obstante, era dispararle sin agüero a todo aquel que saliera corriendo al verlos, salvo que fuera un policía o un soldado, ya que contra ellos no era la guerra porque, como también decía el comandante, «estamos en el mismo bando».

Poco a poco, a lo largo de 1999, la tropa fue avanzando rumbo al sur, hacia el Cauca. Solían armar campamentos provisionales, lo que no era razón para que el entrenamiento físico y militar se detuviera. Después de la tanda de la tarde y de la última comida del día, los hombres se reunían en grupos a departir. A veces, aparecía alguien con media de guaro y nunca faltaba una baraja de naipes con la que tentar la suerte. Algunas noches, estas ocasiones eran interrumpidas por el llamado del comandante a formar para echarles la carreta que ya todos conocían: «Somos guerreros de la patria y nuestra misión es acabar con la subversión y el comunismo que corroe este país, nuestro heroísmo será recordado en páginas gloriosas de la historia...», etc.

Al escuchar las peroratas del comandante, todos asentían, pero era claro que la obediencia dependía más de la puntualidad del pago prometido a cada combatiente, que de los discursos que el comandante, no sin entusiasmo, les ofrecía un par de veces por semana.



IV

Los discursos y peroratas nocturnas antisubversivas del comandante surtieron su efecto cuando empezaron las confrontaciones directas con el Frente 30 de las FARC-EP, que dominaba el sur del Valle del Cauca por ese entonces. A veces, para matar, se necesitan razones que el dinero solo logra reforzar.

En los primeros enfrentamientos, las bajas sufridas por esa escuadra paramilitar fueron numerosas. Era evidente no solo su limitada experiencia en combate contra adversarios igualmente armados; también era claro que por algo la guerrilla controlaba la zona: la conocía mejor, y disponía de soplones y campos minados que advertían la entrada de intrusos.

Ante esta situación, el comandante decidió que hasta el más joven de sus hombres participaría en el combate directo. Así que Jáiver abandonó definitivamente la cocina y se integró a los patrullajes. Su dragoneante —un muchacho de unos 23 años, con una cicatriz en el rostro— le cambió el alias de Cusumbosolo por el de Campanita, más acorde con su nueva función, mas no por ello menos ofensivo.

Y llegó el día en que salió con la tropa a enfrentar directamente a la guerrilla. Cuando sonaron los primeros disparos, a eso de las seis de la mañana, Jáiver sintió que se le aceleraba el pulso, pero no de miedo, sino de algo parecido a la expectativa. Por fin tendría la oportunidad de demostrar que él ya no era un niño, sino un guerrero.

El combate se desarrolló en una ladera empinada, de tupida vegetación. Los guerrilleros habían tomado posiciones en la parte alta; los paramilitares avanzaban desde abajo, buscando cobertura en los arbustos. Era una operación arriesgada, con pocas posibilidades de éxito. La tropa paramilitar mantuvo un fuego constante que impidió la arremetida de los guerrilleros;

pero que le costó numerosos heridos, entre ellos Jáiver, que sufrió una herida en el brazo izquierdo a la altura del brazaletes.

El enfrentamiento duró hasta el mediodía cuando el comandante, al sospechar que los guerrilleros podrían aprovechar su posición ventajosa para rodearlos, ordenó el repliegue. De vuelta en el campamento, mientras un compañero le ayudaba a vendar su herida, vio que traían, como si fueran trofeos, los cadáveres de algunos guerrilleros caídos durante el enfrentamiento. Uno de ellos debía tener la misma edad de Jáiver —16 años—, si no menos.

Esa noche, Jáiver se quedó despierto mirando las estrellas. Su brazo herido palpitaba, pero no era ese dolor el que lo mantenía insomne. Era la certeza creciente de que había algo profundamente absurdo en todo aquello: muchachos pobres matándose entre sí, mientras los verdaderos dueños del país probablemente ni siquiera sabían los nombres de los pueblos donde se derramaba la sangre que protegía sus intereses.

Al amanecer, cuando el comandante anunció que había que levantar el campamento, Jáiver

no dudó en sumarse a lo que había que hacer, pese a su brazo herido. Sin embargo, algo había cambiado. La certeza de estar exterminando una amenaza indeseable había cedido su lugar a una pregunta incómoda que no lograba sacarse de la cabeza: ¿a quién beneficia realmente esta guerra?

V

La herida que Jáiver recibió en su primer combate no resultó grave, por lo que su recuperación fue bastante rápida y pronto participó en renovados combates en los que muchos de sus compañeros terminaron muertos. Tales pérdidas, en un primer momento, llevaron a que la comandancia decidiera aumentar el reclutamiento, bien a la fuerza o mediante engaños. Así que Jáiver pudo ver cómo unos muchachos eran reemplazados por otros; tuvo miedo y quiso huir. Pero ya sabía lo difícil que era y lo que le pasaba a quienes fallaban en el intento. Tales castigos eran una demostración de sevicia que es mejor ni imaginar. Además, ¿huir a dónde? La única

opción sería ir a Cali y buscar allí a su hermana Yiyi y a su tía... ¿cómo se llamaba su tía? Y quizá, con tiempo y suerte, daría con ellas; pero, antes de hallarlas, ya sus propios compañeros le habrían dado caza.

Con el reclutamiento de nuevos combatientes, el Bloque Calima tampoco logró causar daños significativos a la estructura armada de las FARC-EP, así que la comandancia decidió cambiar de táctica: reemplazar los enfrentamientos directos contra adversarios igualmente armados y concentrarse en lo que denominaron el «eslabón más frágil de la cadena». Es decir, priorizaron los actos de terror contra todo aquel civil que pudiera eventualmente favorecer en algo a la guerrilla. Fue entonces que aparecieron las listas y se hicieron frecuentes los asesinatos selectivos de líderes comunales indígenas —como Alfredo García* en octubre de 1999—, sindicalistas y todo lo que «oliera» a izquierda; y las masacres, primero la de Altaflor, en diciembre de 1999, y luego otras tantas más, como la de Buenos Aires, en octubre de 2000, o una de las más cruentas, la del Naya,

* Nombre real.

en abril de 2001, que duró al menos tres días, abarcó varios pueblos a orillas de ese río y dejó en tierra, al menos, dos docenas de cadáveres, además de los arrojados al cauce fluvial.



Si quieres leer y conocer más sobre este informe, escanea con tu celular el siguiente código QR:



O ingresa al siguiente enlace:



<https://centrodememoriahistorica.gov.co/doble-discurso-multiples-crimenes/>



Narrativas de la Verdad Histórica

Este libro se terminó de imprimir
en la Imprenta Nacional de Colombia
en diciembre de 2025.

Se utilizó papel earth pact y se emplearon las familias
tipográficas Noto Serif y Georama



Arranca la primera parte de esta historia con Jáiver, a sus catorce años, sin papá, mamá ni casa en donde vivir; y sin olvidar que su hermanita se fue en un bus a buscar a su tía en Cali. Ojalá la encuentre, ojalá la reciba.

Poca libertad le quedará a Jáiver: la de cocinar para la escuadra del Bloque Calima que lo reclutará y entrenará militarmente, pese a ser menor de edad.
